

Henry Morton Robinson

The Cardinal

(fragmento)

Traducción de Sabrina Stanic

Like many a Florentine before him, Captain Gaetano Orselli, master of the luxury liner *Vesuvio*, was inordinately fond of jewelry. As a young man he had not wholly resisted the temptation to overload his person—especially his hands—with costly stones; but now in his meridian forties a purer taste was asserting itself. The gem for its own sake had become a canon with Captain Orselli. He contented himself with wearing a single ring at a time, and exercised his really superb sense of ritual by selecting precisely the right stone for the occasion.

Tonight Captain Orselli was choosing his ring with particular care. In a few minutes he would make his appearance on the bridge of the *Vesuvio* to point out sidereal wonders—stars, planets, constellations—to a small group of saloon passengers gathered there by special invitation. He hovered over his ring-case, hesitating between a cabochon emerald and a Burmese ruby. The Captain owned dozens of rings and might have owned hundreds of them,

were it not for his incurable habit of giving them away to women—preferably Northern women with wheat-coloured hair, deep bosoms, and blue eyes. Deciding in favour of the ruby, he slipped it ceremoniously over the polished nail of his right index finger, and pressed it down to the knuckle. With the perfume atomizer he sprayed his de Reszke beard, adjusted his gold-embroidered hat to the precise slant of the *Vesuvio*'s smokestacks, then surveyed the effect—front, back and profile—in a three-panelled, full-length mirror. Where others would have seen merely a handsome dandy, Captain Orselli saw the truer reflection of a Renaissance magnifico smiling back at him ironically from the glass.

The Captain nipped an English-market cigar between his fine teeth and went on deck. The night was moonless, clear; acid stars etched brilliant geometric patterns in the heavens. Orselli glanced at the sea and sky—a mariner's glance that established the position of the *Vesuvio* almost as accurately as a sextant and chronometer.

Como muchos florentinos que le precedieron, el capitán Gaetano Orselli, al mando del lujoso transatlántico *Vesuvio*, era excesivamente aficionado a las alhajas. Cuando era joven no había logrado resistirse a la tentación de sobrecargar su persona (en especial las manos) con costosas piedras; pero ahora, a los cuarenta y cinco, un gusto más refinado se estaba afianzando. La joya en sí misma se había convertido en una norma para el capitán Orselli. Se contentaba con usar un anillo por vez, y practicaba su magnífico sentido de ritual al seleccionar la piedra adecuada para cada ocasión.

Esa noche el capitán Orselli elegía el anillo con especial esmero. En unos minutos haría su aparición sobre el puente de mando del *Vesuvio* para señalar las maravillas siderales (estrellas, planetas, constelaciones) a un reducido grupo de pasajeros de primera clase allí reunidos por invitación especial. Examinaba el alhajero vacilando entre una esmeralda de corte cabujón y un rubí birmano. El capitán poseía docenas de anillos y hubiera podido tener cientos de no haber sido por su irremediable costumbre de obsequiarlos a mujeres, en especial a mujeres nórdicas de cabello dorado como el trigo, enormes senos y ojos azules. Después de decidirse a favor del rubí, lo deslizó ceremoniosamente por la brillante uña de su índice derecho, y lo empujó hasta el nudillo. Con un atomizador se perfumó la barba, recortada a la manera de De Reszke, se acomodó la gorra bordada en oro según la inclinación exacta de las chimeneas del *Vesuvio*, luego estudió el efecto (de frente, de espalda y de perfil) en un espejo de cuerpo entero de tres paneles. Donde otros hubiesen visto un apuesto dandi, el capitán Orselli veía el verdadero reflejo de un caballero renacentista que le devolvía una sonrisa irónica desde el cristal. El capitán mordió con sus finos dientes un cigarro inglés y se dirigió a cubierta. Era una noche clara, sin luna; ácidas estrellas grababan brillantes figuras geométricas en el firmamento. Orselli echó un vistazo al mar y al cielo: la mirada de un marino que estableció la posición del *Vesuvio* casi con tanta exactitud como un sextante y un cronómetro.

